

## AGENDA CIUDADANA

### LOS SIETE PILARES DE UNA POLITICA

Lorenzo Meyer

**El Factor Externo.-** Las grandes transformaciones históricas mexicanas se explican principalmente por causas internas, pero en ninguna de ellas ha estado ausente el factor externo. El inicio de la guerra de independencia no se puede entender sin la invasión francesa de España que debilitó al poder metropolitano. En momentos decisivos de la lucha entre liberales y conservadores del siglo XIX, las intervenciones de norteamericanos y franceses resultaron determinantes. Años después, las facciones que dieron forma a la Revolución Mexicana vieron aumentar o disminuir sus posibilidades y límites según chocaran o no con las grandes potencias. En parte, el régimen de la Revolución se estabilizó porque al final de los años veinte logró la aceptación y el apoyo de la potencia hegemónica. Dos decenios después, la Guerra Fría le dio a la estabilidad lograda por la pax priista el apoyo del llamado “Mundo Libre”. Finalmente, la “revolución neoliberal” lanzada tras los dudosos resultados electorales de 1988, recibió su inspiración y respaldo incondicional del exterior y de ahí le llegó la tabla de salvación cuando los “errores de diciembre” desembocaron en una nueva crisis. En suma, el factor externo no determina nuestra historia política pero ésta no puede entenderse sin aquel.

**Aniversario.-** Este noviembre se cumple un aniversario más de la Revolución Mexicana, y la ocasión permite volver a reflexionar sobre las fuerzas que moldearon a uno de los eventos que marcaron la vida política mexicana del siglo XX.

La historia de un acontecimiento de la magnitud y complejidad de la Revolución Mexicana nunca podrá escribirse de manera definitiva. A cada nueva etapa de la vida

mexicana le corresponde aportar una nueva visión –o varias-- de lo que fue un movimiento que si bien ya dejó de ser vigente no puede ser dejado de lado por quienes buscan entender el presente mexicano y escudriñar su futuro. De la misma manera que los grandes traumas dejan marcas permanentes en los individuos, acontecimientos como los que tuvieron lugar en México entre 1910 y 1940, marcan a las sociedades que los experimentan. En la visión que hoy se tiene en México de las relaciones con el exterior aún pueden encontrarse huellas de los conflictos pasados.

**El Mundo Externo.**- Las razones de la Revolución Mexicana fueron básicamente internas, pero no exclusivamente. Los efectos de la integración del México de Porfirio Díaz al sistema económico internacional por la vía de la inversión externa y las demandas de los mercados internacionales, explican, y mucho, la forma como la sociedad mexicana se desarrolló a finales del siglo pasado y la violenta reacción en 1910 a los efectos de una rápida modernización dentro de un marco de una dictadura anacrónica.

Entre 1910 y 1940 el sistema internacional de poder centrado en Estados Unidos y Europa, confrontó a la Revolución Mexicana. Primero, intentó limitarla, luego suprimirla, para después controlarla y, finalmente, aceptarla con condiciones. En todo momento las presiones externas fueron un gran desafío para el nuevo régimen, y la naturaleza final de éste no se entiende sin el factor externo.

La conflictiva relación de un México en guerra consigo mismo con su entorno exterior, atravesó por varias etapas. Una periodización que se centre en las acciones y reacciones de las potencias imperiales de la época frente a los acontecimientos mexicanos, puede comprender por lo menos siete etapas.

**La Sorpresa**.- Todas las revoluciones, desde la francesa del siglo XVIII hasta las recientes de Nicaragua o Irán, toman por sorpresa al mundo. En el caso de México, es válido afirmar que la revolución sorprendió incluso a sus propios protagonistas. En efecto, Francisco Madero nunca se propuso revolucionar a su país, solo acabar con el gobierno de Porfirio Díaz y dar vigencia a la Constitución de 1857. En 1910, las cancillerías extranjeras y las principales firmas de inversionistas externos sabían de la existencia de un fuerte descontento entre la población mexicana como resultado de la perpetuación en el poder de un sólo grupo, conspicuo por su corrupción y riqueza. Sin embargo, las inercias, la seguridad mostrada por el régimen hasta noviembre de 1910 y los prejuicios dominantes, llevaron a casi todos los diplomáticos y hombres de negocios con intereses en México a concluir que el régimen de Díaz lograría sortear el difícil momento en que el viejo dictador --cuya conducta ya mostraba los signos del desgaste y el envejecimiento--, tuviera que ceder el poder y que no tendría éxito el movimiento armado que encabezaba Madero.

**La Espera Vigilante**.- El término “espera vigilante” ha sido usado para identificar a una política norteamericana hacia México de época posterior, pero se adapta mejor a lo ocurrido entre la caída de Porfirio Díaz y las duras notas diplomáticas que Washington envió a México a mediados de 1912. En ese corto período, los imperios con intereses en México –Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania e incluso España-- exigieron del gobierno de Francisco Madero un imposible: consolidar la transición al nuevo régimen. Hoy, nadie se atreve a demandar que en 14 o 15 meses de las nuevas democracia hagan funcionar con normalidad a sus instituciones, pero eso fue justamente lo que se hizo con México. En medio de una

estrecha vigilancia que pronto se tornó en impertinente, el gobierno de Madero debió hacer frente a los juicios negativos que en el exterior despertaron las rebeliones de los porfiristas –Félix Díaz y Bernardo Reyes— o de sus antiguos aliados: los Vázquez Gómez, Zapata y Orozco.

**El Intervencionismo Agresivo.**- En marzo de 1912, el presidente de Estados Unidos, William H. Taft, le propuso al embajador británico la conveniencia de una intervención militar conjunta en México para restaurar el orden perdido. La larga e impertinente nota diplomática entregada el 12 de septiembre por el embajador norteamericano en México a la Secretaría de Relaciones Exteriores, no sólo fue una enorme lista de agravios –algunos de ellos inexistentes— sino una amenaza muy directa: o el gobierno restablecía el orden y respetaba cabalmente los derechos de los extranjeros o el exterior tomaría acciones directas.

Con el estallido de la insurrección militar en plena Ciudad de México en febrero de 1913, los representantes diplomáticos de Estados Unidos y Europa le exigieron al presidente constitucional y legítimo de México, a Madero, que renunciara a su cargo por considerarle el principal factor de la inestabilidad. Para forzar esa petición, el representante de Estados Unidos facilitó la conspiración de los generales Victoriano Huerta y Félix Díaz para dar un golpe de Estado. Logrado el objetivo, los representantes de los poderes externos se desentendieron de su responsabilidad y no protegieron la vida del presidente víctima de la traición. Sin importarles el asesinato de Madero, los poderes externos se dispusieron a apoyar al único tipo de gobierno que, según ellos, podía funcionar en un país indígena y no apto para la democracia: la dictadura militar.

**Potencias Divididas**.- Con la llegada del presidente Woodrow Wilson al poder en Estados Unidos en 1913, se introdujo un nuevo e inesperado elemento en el panorama mexicano. Wilson, un antiguo profesor de ciencia política, identificó a la consolidación de instituciones modernas en el mundo periférico como el único camino para lograr lo que más convenía a Estados Unidos: la estabilidad. Apoyar a una dictadura militar en México como la de Victoriano Huerta, era simplemente posponer la institucionalización de la modernidad política mexicana y latinoamericana, por ello decidió no sólo no reconocer al golpista hasta ese momento apoyado por norteamericanos y europeos, sino, finalmente, aceptar la legitimidad de las acciones de los revolucionarios para echar al ejército de un lugar que no le correspondía. El que aún no existiera el anticomunismo, permitió que de entrada los Estados Unidos no descartaran a la revolución social que empezaba a desarrollarse en México.

Los europeos, con una perspectiva distinta --de corto plazo-- y con la certeza de que un país como México no podía ser democrático, es decir, moderno, chocaron con Wilson y mantuvieron el apoyo a la dictadura militar. Sin embargo, para fines de 1913 Washington había obligado una vez más a Europa a reconocer que en su zona de influencia geográfica inmediata no toleraba interferencias de otros poderes. Finalmente, acosado por fuerzas internas y externas, Huerta dejó el poder en 1914. Al estallar la I Guerra Mundial, Inglaterra y Francia se subordinaron enteramente a Washington en asuntos mexicanos pero Alemania marchó por el camino contrario; y una y otra vez Berlín buscó involucrar a México en una guerra con Estados Unidos (desde favorecer el retorno de Huerta hasta el telegrama Zimmerman a Carranza), pero finalmente fracasó y pagó muy caro su desafío.

**Contener el Nacionalismo.**- La Revolución hizo madurar con rapidez un nacionalismo que venía de mucho tiempo atrás. Ese nacionalismo cristalizó en la Constitución de 1917 y mientras Europa se destruía a si misma en la Gran Guerra, Estados Unidos buscó frenar los aspectos más subversivos del orden capitalista mundial que implicaba el nuevo documento mexicano: reforma agraria, nacionalización del petróleo, reconocimiento de los derechos del trabajo, etcétera.

El Wilson que originalmente vio en la Revolución Mexicana una vía al desarrollo del país vecino del sur, se fue desentendiendo del problema mexicano para concentrarse en el tema europeo y finalmente lo dejó en manos de la burocracia del Departamento de Estado y de las presiones conservadoras.

**La Hegemonía Norteamericana y el rechazo a la Revolución.** Con la toma del poder en Rusia por los bolcheviques, la derrota militar de los alemanes, la derrota política del presidente Wilson dentro de su propio país --el Congreso norteamericano se negó a apoyar una iniciativa de Wilson: la Sociedad de Naciones --, y el retorno de los republicanos al poder, el mundo externo se simplificó y se endureció para México: a partir de entonces Washington se constituyó en el filtro por donde debía pasar cualquier acción política externa. En asuntos mexicanos, Europa quedó neutralizada y la derecha republicana impuso a Obregón los acuerdos de Bucareli de 1923 que redujeron en mucho las posibilidades de las reformas agraria y petrolera y obligaron a México a aceptar compensar al exterior por los daños que su guerra civil había causado a los extranjeros. Calles se rebeló contra estos límites, pero finalmente, y tras momentos de gran tensión, debió volver a aceptarlos en 1927.

**El Acuerdo Final.**- Tras los acuerdos informales a los que llegaron el

embajador norteamericano Dwight Morrow y el presidente Calles al final de 1927, la Revolución Mexicana fue aceptada y cooptada para el sistema internacional por Estados Unidos. México aceptó diluir el radicalismo de sus reformas petrolera y agraria y dejó de interferir con los intereses norteamericanos en Nicaragua. A cambio, Estados Unidos reconoció públicamente las virtudes del nuevo régimen que prometía estabilidad y responsabilidad frente al exterior en general y Estados Unidos en particular. Nació así una alianza entre el nuevo régimen y el mundo externo que, pese a la crisis provocada por el nacionalismo cardenista en 1938, se mantuvo y perdura hasta hoy, como lo demostró el gran préstamo internacional de 1995.

En suma, la Revolución Mexicana fue producto de los procesos internos, pero el mundo externo influyó, y mucho, en sus alcances y límites.